

Sergio Montecino en Rapa-Nui

LUIS OYARZUN*

Hace justamente un año, el pintor Sergio Montecino y yo recorríamos a pie los senderos fragosos, los hondos cráteres y los altozanos de visión infinita de la Isla de Pascua. Entre los moais y las ovejas incorporadas a ese paisaje único en el mundo, un cielo dramático, propenso a cambiar en un segundo su coloración nacarada, como de huevo de golondrina de mar, por nubes turbulentas, cargadas de pura agua oceánica, que se convertían al crepúsculo en arreboles posados dulcemente sobre un mar sin fin. Sin prisa y sin pausa poseíamos el aire y la tierra de *Pito te Henua*, el Ombligo del Mundo. Una tarde, en la cumbre de una colina, Montecino exclamó:

—¡Mira! Desde aquí se percibe toda la redondez de la tierra!

Y, en efecto, mirando desde esa altura, sobre la isla, no había sino mar, el mar con su azul curvatura y casi con meridianos y paralelos, hasta que los ojos se perdían en el éxtasis de la distancia sin límites. Uno comprendía entonces cómo los antiguos pascuenses pudieron creerse los únicos habitantes de la tierra, los reyes miserables de una creación grandiosamente líquida.

Montecino caminaba interminablemente, como rumiando el paisaje. Me dejaba atrás, sin aliento, mientras él seguía por repechos y desfiladeros,

*El recordado escritor y ensayista, profesor universitario y poeta Luis Oyarzún, escribió esta nota en 1964 para la exposición de cuadros pintados por Sergio Montecino en la Isla de Pascua. El artista inauguró su exposición en la Sala Universitaria en Concepción. En 1977 la presentó en la sala de exposiciones de la Organización de Estados Americanos, OEA, en Washington, Estados Unidos.

calzado con ligeras sandalias que se avenían con su paso arcaico de viandante del desierto. Las estatuas llegarían a familiarizarse con este caminador tranquilo y profundo.

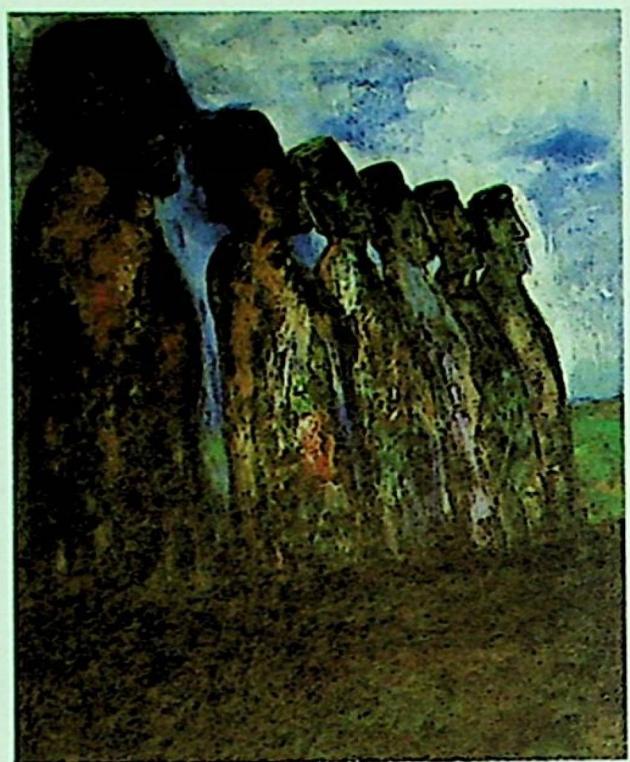
Ahora me pasmo admirando los cuadros que surgieron de esa lenta aventura. Montecino captó en Pascua todo el misterio visual que rodea a la isla y se exhala de ella, como de un cráter otra vez activo. Pascua es un paisaje mítico y en las telas de Montecino cohabitan el paisaje y el mito. La figura mítica envuelta en el paisaje como el embrión en el claustro materno, y la tierra toda amasada de figuras y huellas, toda entera como un meteoro garabateado por la pasión humana. Felices y torturados ojos los que reconocieron esas luces pasmosas, estos rostros, estas cuencas vacías con tan honda convulsión visionaria.



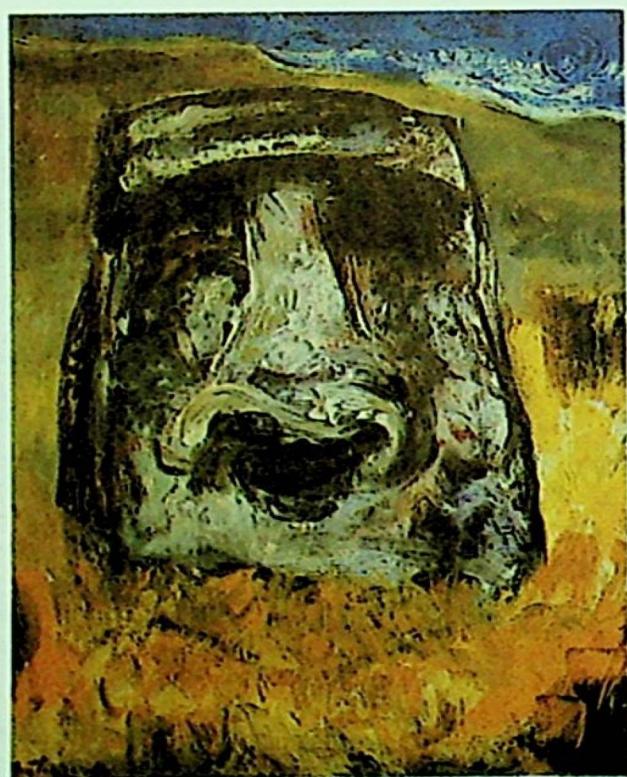
Sergio Montecino. *Volcán Ranocao*.



Sergio Montecino. *Paisaje de Hangaroa*.



Sergio Montecino. *Abu de Akivi*



Sergio Montecino. *Moai*



Sergio Montecino: *AHU de Vinapu*.



S. Montecino : *Alrededores de Ranoraraco*.



El conjunto del ahu Akivi, llamado los Siete Moai.



Esta alegoría recordatoria del centenario de la anexión de la Isla de Pascua fue divulgada en Valparaíso. Se desconoce al autor de esta pintura ingenua.

LOS CONSTRUCTORES DE ESTATUAS

(Rapa Nui)

Yo soy el constructor de las estatuas. No tengo nombre, nombre.
No tengo rostro. El mío se desvió hasta correr
sobre la zarpa y subir impregnando las piedras.
Ellas tienen mi rostro petrificado, la grave
soledad de mi patria, la piel de Oceanía.

No es así, las estatuas son lo que fuimos, somos
nosotros, nuestra frente que miraba las olas,
nuestra materia a veces interrumpida, a veces
continuada en la piedra semejante a nosotros.

Arañarás la tierra hasta que nazca
la firmeza, hasta que caiga la sombra en la estructura
como sobre una abeja colosal que devora
su propia miel perdida en el tiempo infinito.

Tus manos tocarán la piedra hasta labrarla
dándole la energía solitaria que pueda
subsistir, sin gastarse los nombres que no existen,
y así desde una vida a una muerte, amarrados
en el tiempo cómo una sola mano que ondula,
elevamos la torre calcinada que duerme.

La estatua que creció sobre nuestra estatura.

PABLO NERUDA